

**HERMES, DIOS DE LOS TRADUCTORES E INTÉRPRETES**

**Carlos MORENO HERNÁNDEZ**  
*Universidad de Valladolid*

El director de *Hermēneus* me pide un prólogo y yo, escaso de ideas, me acuerdo de la retórica y acudo a buscarlas a algún lugar donde se guarden: Internet, por ejemplo. Pongo ‘Hermes’ en el buscador y, entre muchas cosas irrelevantes –una casa de modas francesa, una marca de perfume o una compañía de seguros alemana– aparecen otras sobre mitología, sobre doctrinas herméticas y un artículo en inglés firmado por Alexander Gross que viene al pelo. Sigo con mi ejercicio retórico y espigo de aquí y de allá, al tiempo que traduzco y hago una paráfrasis de todo ello, en parte resumiendo y en parte comentando, con algún añadido de mi cosecha.

En el *Crátilo* de Platón, Sócrates, preguntado sobre el significado del nombre del dios Hermes, responde que al parecer tiene algo que ver con intérprete –*herménea*- y mensajero, así como ladrón, mentiroso y mercader. Este dios, añade, inventó el lenguaje y la palabra. Hermes, como Mercurio en Roma, era el dios del comercio: una de las etimologías propuestas para el latín *interpres* es la de *inter-pretium*, el intermediario que acuerda el precio de un intercambio entre partes cuando éstas, se supone, no se entienden entre sí, en todos los sentidos.

El término español *trujamán*, procedente de la palabra árabe para intérprete o traductor, conjuga todos los sentidos anteriores, reforzados por la tradicional desconfianza entre moros y cristianos en el contexto hispánico. Cervantes finge valerse de un traductor morisco para obtener la historia de don Quijote escrita en árabe por el moro Benengeli, y si aquel le promete traducir fielmente, el narrador no deja de añadir poco después, al referirse a éste, que es muy propio de los de su nación ser mentirosos.

Así pues, la razón de que los traductores e intérpretes no hayan gozado a veces de buena fama no debe achacarse sólo a su torpeza o incapacidad, a su falta de oficio o a la mera posibilidad, bien frecuente, de cometer errores. El traductor y el intérprete, además, están, o se ponen, por encima (*übersetzen*, ‘traducir’, en alemán) de sus clientes, saben más que ellos y pueden aprovecharse de su situación para obtener alguna ventaja. El problema es que si se limitan a cumplir fielmente con su cometido, es decir, si son fieles traduciendo y no engañan ni cometen muchos errores, pasarán más bien desapercibidos; sólo serán recordados, para mal, si cometen errores, o si engañan.

Curioso contraste: mientras que Hermes se desplaza con gran celeridad, con pies alados, los intérpretes y traductores han de ir con pies de plomo. La costumbre de matar al mensajero intérprete es muy vieja: aparece, por ejemplo en Grecia, en las guerras contra los persas, según Plutarco (*Vida*

de *Temístocles*) y puede deducirse que hubo de ser frecuente cuando las cosas vinieran mal dadas para uno u otro de los bandos en pugna y fuera preciso buscar rápidamente algún chivo expiatorio.

Los contrastes no acaban aquí, pues la invención del lenguaje que se atribuye a Hermes tiene dos caras: una de ellas puede verse en la interesante relación que Gross establece entre hablar, o expresarse, y el comportamiento animal de esparcir o propagar sustancias, líquidas o gaseosas, para marcar el territorio y advertir de la presencia o de las intenciones del grupo que lo habita, temporalmente o en propiedad. Las discusiones y guerras interminables sobre límites y fronteras entre pueblos o naciones serían inseparables de una conducta animal generalizada que la especie humana está lejos de haber superado. De hecho, el único avance en este y en todos los terrenos es la excesiva especialización que defiende con uñas y dientes el mantenimiento de parcelas, privilegios, propiedades y dominios: el instinto de poder, en suma, que un discípulo de Freud ponía por encima, o por debajo, de todos los demás, diversificado al máximo en las llamadas sociedades avanzadas o civilizadas.

Así también, los fundamentalismos nacionalistas o religiosos que siguen marcando el ritmo de las sociedades actuales se basan en gran parte en la idea dieciochesca de *Volkgeist* o espíritu del pueblo manifestado en el lenguaje, esa especie de *spray* constituido por los órganos fonadores de cada cual, cuya materia prima es el aire que viene de los pulmones y la saliva que impregna la lengua, propagador de una esencia o perfume inconfundible. Como hay más sentidos aparte del olfato, las señales esparcidas se multiplican: carteles o alambradas, registros o pasaportes y ruido, mucho ruido o discusión, en formas disuasorias o persuasivas, cuando no abiertamente hostiles o propagandísticas.

Si hablar, o escribir, por nuestro lado animal, supone erigir barreras, por otro lado supone también la posibilidad de derribarlas: es una de las tareas de la retórica, el arte de persuadir en la ocasión precisa. En el último canto de la *Iliada* Hermes es el dios enviado para ayudar a Príamo a traspasar las barreras defensivas levantadas por los Aqueos frente a Troya, el que le conduce ante Aquiles y le dota de un lenguaje persuasivo que le permite traspasar otras barreras, las mentales, y obtener el cadáver de su hijo Héctor. Pero el arte del bien decir, según era definida la retórica, supone la necesidad de un aprendizaje, con el fin de perfeccionar una capacidad persuasiva que permita derribar las barreras que otros decires han levantado.

Gross cree que a la teoría de la evolución le faltaba este otro ingrediente, el del lenguaje, para estar completa, que jamás se ha dado un salto en el vacío desde el animal al hombre y que los primates superiores apenas usan ya marcas olfativas y estarían evolucionando también hacia otros tipos de señal. La capacidad de hablar, el lenguaje, podría verse, según esto, como una prótesis más que hemos desarrollado en la laringe y la boca, –un *spray* o rociador que esparce señales, un *linguo* o *lengu(till)aje*– igual que la mano se sirve de tantos otros útiles o herramientas, como la pluma o el teclado para escribir: tan artificial es esa capacidad de hablar como estas otras, mucho después desarrolladas. El tiempo erige barreras también, las del olvido, y parece claro que hasta conseguir un sistema para memorizar verbalmente esas voces que se lleva el viento, transcurrirían muchos, muchísimos años.

En fin, que nuestra capacidad de establecer fronteras al hablar y al escribir es inseparable de la de traspasarlas, de cruzar los límites siquiera de forma transitoria, bien eludiendo nuestra identidad o pretendiendo adquirir otra o, mejor, saltando de una a otra cuando nos plazca, sin salir de las

palabras. Los traductores e intérpretes son los que encarnan de manera más palpable esta facultad que los filólogos en general compartimos con ellos en cuanto a derribar los obstáculos de comprensión o interpretación que las palabras de los hombres y de sus textos nos ponen. Somos profesionales, nuestro oficio es una especialización de lo que para todos los hombres y mujeres debería ser un derecho: poder traspasar fronteras sin limitaciones de ninguna clase, sin violencia. Mientras esto se consigue y pueda ser posible dejar el mundo tribal en el que aún vivimos, debemos invocar a Hermes, ese dios benéfico, para que nos toque con su vara. Así, con pies alados, tendremos una visión más alta de nuestro oficio: ayudar a los demás a trasladarse sobre fronteras y prejuicios lingüísticos o culturales, y a conversar con aquellos, vivos o muertos, que dijeron o que dicen palabras en las que podamos comprendernos, de las que podamos disfrutar, con las que podamos vivir mejor.

**HERMES, GOD OF TRANSLATORS AND INTERPRETERS**

**Carlos MORENO HERNÁNDEZ**  
*Universidad de Valladolid*

The director of Hermeneus has asked me for a prologue and, lacking ideas, I resort to the Internet. A search for “Hermes” leads me to Plato and Socrates and innumerable links.

Asked about the meaning of the god Hermes, Socrates replied that it had something to do with interpreter –hermeneutikós- and messenger, as well as thief, liar and merchant. He also added that this god has invented language and the word. Hermes was the god of commerce: one of the proposed etymologies for the Latin *interpres* is *inter-pretium*, the intermediary between two parties who, supposedly, do not understand one another.

The Spanish term *trujamán*, originating from the Arabic for interpreter or translator, combines all the meanings mentioned above, and is further strengthened by the traditional mistrust between Moors and Christians in the Hispanic context.

The reason, therefore, that translators and interpreters are not always held in high esteem is not solely due to incompetence, but also because they know more than their clients and can thus take advantage of them. When translators or interpreters faithfully carry out their task, they go unnoticed; they are only remembered when they make errors or deceive. A curious contrast: Hermes flew on winged feet, but the custom of killing the messenger is an ancient one, and translators and interpreters must walk softly.

This is not the only contrast, since language, an invention attributed to Hermes, has two faces. One of them may be seen in the relation between speaking, or expressing one’s self, and the behavior of animals that spread substances, liquids or gasses, to mark their territory. The interminable arguments and wars between people or nations over borders are probably inseparable from this generalized animal conduct, behavior that has been highly refined by modern man,, who, heeding his instinctive desire for power, has become a specialist in defending tooth and nail his particular parcel, privileges, property and domain.

Hard-line nationalists or defenders of the faith who continue to set the pace of current societies base their tenets to a large extent on the eighteenth-century idea of Volkgeist or spirit of the people manifested by language, a type of unmistakable essence composed of air and saliva. Since smell is not the sole sense, man, unlike animals, spreads his sign in numerous ways: signs,

fences, passports, and cacophony in the form of arguments that are often openly hostile or propagandistic.

If, due to our animal instinct, speaking or writing supposes the erection of barriers, it, on the other hand, offers the possibility of demonishing them, which is one of the tasks of rhetoric, the art of persuasion in the precise moment, as demonstrated by Priam in the Iliad. Hermes endows Priam with the art of persuasion, which allows him to cross mental barriers and recover the body of his son, Hector. But the art of elegant speech, according to the definition of rhetoric, requires a learning process in order to perfect the persuasive capacity needed to demolish barriers erected by others.

Gross believes that the theory of evolution lacked an essential ingredient –that of language- in order to be complete. Speech could be viewed, according to the theory of Gross, as yet another prosthesis, one developed in the larynx and the mouth, a spray that sprinkles signs, in the same way that we use the pen or the keyboard. Speech is as artificial as these other tools developed at a much later date.

Time also erects barriers, those of forgetfulness, and it appears that many years will pass before a system capable of memorizing those words carried away with the wind will be perfected.

Our capacity to establish frontiers by speaking and writing is inseparable from crossing them, although it be merely a temporary incursion. Translators and interpreters are the ones who best embody this faculty that philologists in general share with them with respect to demolishing obstacles to comprehension or interpretation erected by words. We are professionals. Our craft is a specialized one that should be a right for all men and women: to cross frontiers without limitations of any type, without violence. Until this is achieved and it is possible to leave behind this tribal world in which we live, we must call upon Hermes, that he may touch us with his wand. Thus, with winged feet, we will be afforded a more enlightened view of our craft.